

Paraíso para dos

Argumento de la película

Los miembros de un club se dividen en dos categorías: los que tienen cara de preocupados y los solteros.

Esteban Porter era un soltero empedernido, sin duda porque la mayoría de sus amigos eran casados.

El amaba sobre todas las cosas la libertad y cuando veía las trabas a que estaban sometidos sus amigos casados, daba gracias a Dios por seguir manteniéndole célibe.

Algunas veces, las esposas telefoneaban al club exigiendo de sus maridos el inmediato retorno a casa.

Cierta noche, Juan, uno de los amigos casados, que jugaba con Esteban, se levantó para acudir a una llamada telefónica.

Era su mujer que pretendía regresarse cuanto antes al hogar. Juan le contestó:

—Todo lo que tú quieras, vida mía, pero en este momento estoy tramitando un negocio importantísimo...

Pero como la otra insistiese, no tuvo más remedio que acceder a la vuelta a casita.

—Siento tener que marcharme — dijo a sus amigos —, pero mi mujer está solita en casa...

—No hay duda que su mujer es oportuna — co-

mentó uno de los amigos —. Siempre le llama cuando está ganando,

Juan, ante las burlas de todos, accedió a quedarse de nuevo, pero tras otras dos llamadas telefónicas, se vió obligado a partir precipitadamente, temeroso de que la costilla no tomara con él serias determinaciones.

Esteban se rió de buena gana ante la esclavitud a que andaban sometidos los hombres casados y ben dijo una y otra vez su estado de soltería...

Vivía Esteban casi siempre en el club donde tenía una habitación, y únicamente solía ir a su casa de vez en cuando para cambiarse de ropa y ver los desperfectos que habían hecho sus amigos...

Porque algunos amigos de Esteban, confiados en que éste vivía constantemente en el club, se habían apoderado casi por asalto de su domicilio donde se divertían locamente sin que nadie les molestase. Allí, algunas noches, en compañía de alegres muchachas, bailaban y bebían hasta altas horas de la madrugada, convirtiendo los salones en un cabaret de los más desenfrenados.

Aquella noche, Esteban, que se encontraba ligeramente aburrido, tuvo el repentino capricho de ir a su hogar.

La juerguecita estaba en su apogeo... La pianola ponía notas de alegre música en el salón y a sus compases las parejas "charlestoneaban" sin cansancio. Se bebía champaña con pródiga abundancia.

Al ver a Esteban, quedaron todos estupefactos.

—Si hubiésemos sabido que ibas a venir, te habríamos invitado a la fiesta! — dijo uno.

—No os preocupéis — respondió Esteban alegremente —. Os doy carta blanca para que mandéis en mi piso...

Jarvis, el ayuda de cámara, un viejo de toda confianza, que tenía a su servicio, dijo a Esteban:

—¡Qué milagro, señor! ¿Cómo ha vuelto usted tan temprano del club?

—Por favor, Jarvis, no le llames un club... Aque-
llo es una especie de cárcel para los pobres casados...

Esteban se hallaba fatigado, y comprendiéndolo así, sus amigos abandonaron pronto la casa... El solterón se encerró en su cuarto, dispuesto a dormir unas ocho horas seguidas...

En uno de los pisos de la casa de enfrente, situado a la misma altura del piso de Esteban, habitaba una hermosa muchacha llamada Sara, una bella mujercita que aspiraba a ser contratada como actriz.

Había estado aquella noche estudiando varios tratados de declamación, y le decía a la patrona de la casa de huéspedes, donde vivía:

—¡No sé lo que me pasa! Mañana tengo que ir a ver a un empresario famoso.

—¿La contratarán?

—¡Ojalá! Si le gusto, no tendré necesidad de volver a poner las manos en una máquina de escribir en todos los días de mi vida.

—¡Ganaría más dinero!... ¡Yo creo que triunfará!...

—¿Verdad que sí, doña Rosa? Porque yo tengo condiciones... Míreme bien que este es mi último ensayo.

Comenzó a moverse, a agitar los brazos con suelta agilidad, como si se encontrara ya en escena y representara algún drama tremebundo.

Desde su cuarto, Esteban vió los movimientos de la linda vecina. No distinguía su rostro, pues una espesa cortina dejaba únicamente transparentar la silueta, pero le pareció que la propietaria de aquel cuerpo gentil sería una encantadora mujer...

La vió levantar los brazos y doblar el cuerpo con tan extraña violencia, que Esteban no pudo menos de echarse a reir.

—No sé si hace ejercicio para adelgazar o está señalando con el telégrafo de banderas — se dijo.

Luego, con más seriedad, con la filosofía triste del hombre solterón, exclamó:

—Algún día esa sombra encontrará un valiente que se case con ella y ambos vivirán eternamente más o menos felices.

Cansado de aquel espectáculo, bajó las persianas y se dispuso a dormir hasta el día siguiente.

*
**

El tío de Esteban, don José, era un solterón casarrabias, muy tenaz en aconsejar a los demás que se casaran, aunque él no lo hacía.

Al día siguiente, un amigo hablaba a don José de los escándalos que daba Esteban continuamente en su casa.

—Casi todas las noches hay reuniones en su casa. Pero ¡qué reuniones! Se bebe por los codos, se baila de modo desenfrenado... y no hay una persona formal para poner coto a tales abusos...

—¡Ah! — gritó el tío —. Pues Esteban no se burlará de mí. No quiero que continúe esa vida de calaverón. ¡Ya, le advertí que si no se casaba antes de cumplirse el plazo en que el testamento de su padre entra en vigor, se quedaría sin un céntimo!

—Hará usted bien en escarmentarle.

—No retrocederé. Le indiqué hace seis meses que se casara y no faltan más que dos días para que se cumpla el plazo. ¡Cumpliré mi palabra de desheredarle!

Demasiado se acordaba Esteban de la herencia. ¡Pero le daba tal horror el matrimonio!

Aquella mañana, Esteban se levantó temprano y se dirigió a la agencia del empresario Mauricio Frothingham, su íntimo amigo y consejero.

El despacho estaba establecido en la misma casa y pasillo de la oficina de don José.

Esteban se presentó con aire disgustado a su amigo.

—Chico, dentro de un par de días me verás buscando empleo... como cualquier ganapán.

—¿Por qué? Es que no tienes dinero?

—Poco me queda y sin esperanzas de encontrar más... Te explicaré, chico; si pasado mañana no me he vuelto loco, que es lo mismo que casarse, mi tío me desheredará.

—Pero ¿perderás la herencia por una boda? ¿Preferirás ser pobre?

—El peor empleo es preferible al mejor casamiento.

El empresario, que era hombre de iniciativas múltiples, dijo, al cabo de unos momentos de silencio:

—¿Quieres que engañemos a tu tío para que aprenda?

—Engañarle a él? ¡Es demasiado vivo!

—Caerá en la trampá. Te proporcionaré una actriz de las que vienen por aquí, para que finja ser tu esposa por una o dos semanas... Cobras el dinero. Y, me alegro de verte bueno, tío del alma. Esteban vaciló.

—¿No será un plan difícil? ¿Correremos peligro de que se descubra?

—Aquí vienen actrices que saben desempeñar el papel de esposa mejor que cualquier esposa auténtica... Y si te empeñas, hasta una suegra de segunda mano puedo proporcionarte.

—¡Estupendo, chico! — dijo Esteban, convencido. — Contrata a la actriz que te parezca mejor para el caso y yo haré lo que pueda para salir airoso con mi papel de marido falso... Ahora voy a ver a mi tío para comenzar la bromita.

Fué al despacho contiguo y saludó a don José, quien le recibió fríamente.



—El peor empleo es preferible al mejor casamiento...

Esteban, dándole golpecitos en la espalda, le dijo:

—Tío, ganó usted... y perdí yo... Acabo de casarme...

—Casado tú? — le dijo don José, increpándole energicamente. — Y el escándalo que diste anoche en tu casa? Y la reunión escandalosa?

Esteban pareció sorprenderse, pero sin perder la serenidad, respondió:

—¿Cómo se atreve a llamar escándalo a la recepción que di anoche a la respetabilísima abuela de mi mujer?

—Pero, ¿es verdad? ¿Tú has sentado la cabeza?
¿Estás casado?

—Con una mujer lindísima, encantadora. Ya la conocerá usted, tío...



—Contrata a la actriz que te paresca mejor para el caso...

Don José dejóse convencer. Nunca es tarde...

—Esteban, hijo mío — le dijo tiernamente —. Perdóname si pensé mal de ti... Pero, supongo que no te habrás casado con una actriz... Te lo digo porque no recibirías un céntimo de la herencia a menos que tu esposa sea una joven hacendosa y buena cocinera...

Palideció Esteban, pero respondió:

—Pero, ¿tú crees que me he vuelto loco? ¡Mi mujer es digna de ti y de mí! ¡Ah, Dios mío! ¡Si ella supiese que la ha llamado usted actriz, se moriría de pena!

—Pues esta noche iré a tu casa para que me presentes a tu mujer.

—Bien, tío — dijo Esteban, un poco pálido —. Te aguardaremos. Y hasta la noche.

Y le estrechó la mano y regresó a la agencia.

Encontró al empresario rodeado de unas veinte mujeres a cual más hermosa, aspirantes y cómicas sin contrata que de buena gana aceptarían un papel de esposa real por unos días.

Esteban las miró encantado. ¡Eran tentadoras... para una prueba como aquella! Pero se acordó de la energía y la severidad de su tío. ¡No, no!

Y llamando aparte a su compañero, le dijo:

—Nada de actrices... Una esposa que entienda de cocina y que sepa coser un botón cuando haga falta. Una chica de su casa.

Mauricio quedó pensativo. En verdad, para aquel asunto, ninguna de las mujeres que se encontraban en la casa, podía serle útil... Y marchó con Esteban a otro despachito.

—Es necesario, amigo; búscame una verdadera mujer de su casa. ¿Dónde podrías conseguir una actriz cocinera? — le dijo Esteban.

—Es posible que existan; lo difícil es encontrarlas...

Mientras hablaban, llegó Sara, la hermosa vecinita de Esteban, qué pretendía del empresario un puesto de actriz, aunque fuera de última categoría.

Había sido hasta entonces mecanógrafa, pero deseaba librarse de lo penoso y melancólico de aquella existencia.

No vestía de modo llamativo y provocador, sino

modosa y sencilla como una mujer de su casa. Al verla, Esteban y su amigo quedaron prendados de ella. ¡Lo que necesitaban! ¡Caía como llovida del cielo!

Y el empresario fué el que propuso a la bella Sara su extraña ocupación.

—Por el momento, no le puedo proporcionar a usted ocupación en ningún teatro, pero puedo brindarle otro empleo. Atiéndame bien...

Se sentó junto a Sara que le miraba con ojos inquietos, sin comprender.

Esteban contemplaba a su "futura esposa". No haría mal papel con su aire tímido, ante don José.

—¿Le gustaría ser la esposa de ese buen chico por un par de semanas?

Y le señaló a Esteban.

Sara le miró con asombro.

—¡No comprendo! ¿Qué quiere usted decir?

—No tiene usted necesidad de casarse de veras —le explicó—. Con que viva en su casa quince días, habrá bastante... habrá bastante para que adquiera alguna práctica teatral para cuando tenga que representar un papel de esposa... Este es mi procedimiento... entrenar primero en la vida real a las futuras actrices. Además, aquí el amigo Esteban necesita aparentar ante su tío por unos días, que está casado... y usted nos prestará con ello un servicio que no olvidaremos nunca... Se le pagará a usted bien su colaboración.

Sara sonreía, sin saber qué partido tomar... Era realmente gracioso lo que le proponían... Contempló a su "marido", a Esteban y no le pareció desagradable aceptar por unos días su "rôle" de esposa... Probablemente, aquello sería el primer paso para su triunfo en la escena.

Concretaron más su determinación y se pusieron de perfecto acuerdo.

—Queda entendido, pues, que se trata estrictamente de un negocio como otro cualquiera — dijo Sara.

—Naturalmente — explicó Esteban—. Verá usted... Me veo obligado por una cuestión de herencia a engañar a mi tío... haciéndole ver que estoy



—Me veo obligado por una cuestión de herencia a engañar a mi tío...

casado... Mi tío padece del corazón, y si llegase a descubrir que no soy casado, podría morir de la impresión. Por lo que le ruego que ante mi tío, extreme usted sus ternuras.

—¡Acepto, pues!

—¡No se arrepentirá usted de la comedia, señorita! — dijo el empresario—. Le servirá a las mil

maravillas para ir luego a ocupar un primer sitio en el teatro.

Sara, muchacha ingenua, inocente, aceptó aquella extraña ocupación, y despidióse de los dos hombres para volver a su casa y recoger su equipaje.

Esteban y Mauricio sonrieron encantados.

—Esta noche mi tío se tragará el anzuelo. Y



—Acomódala en la habitación de los invitados...

dentro de unos días, la herencia pasará a mi poder. ¡Tienes una gran cabeza, Mauricio!

Esteban se despidió del empresario y voló a su casa. Poco después, la ingenua Sara llegaba con su equipaje al nuevo hogar "conyugal".

—Jarvis — dijo Esteban a su criado —, acabo de alquilar una esposa. Acomódala en la habitación de los invitados y no me preguntes nada acerca de ella.

Jarvis miró a Sara con extrañeza. ¿Quién sería aquella encantadora muchacha? El mayordomo, especie de confidente de Esteban, sabía las cláusulas del testamento paterno y bendecía al señorito por haberse casado aunque de mentirijillas. La cuestión era heredar.

—Jarvis se encargará de que no le falte a usted nada, señorita — dijo Esteban a Sara —. Todos le guardaremos los más exquisitos respetos. Cuestión únicamente de quince días a lo sumo, los suficientes para que mi tío me deje en paz. Y yo tengo la seguridad de que usted, señorita, lo hallará todo a su entera satisfacción.

Sara siguió a Jarvis hacia su habitación... y quedó maravillada ante el lujo que por doquier veía.

Esteban se encontraba nervioso... Pronto llegaría su tío y era cuestión de inaugurar con éxito la vida matrimonial. ¿No descubriría don José la estrategia? ¿Sería bastante lista aquella muchacha para efectuar a la perfección su tierno papel de esposa que acaba de casarse?

Pronto saldrían de dudas. Lo necesario era heredar, quedarse con el dinero del testamento.

Por la noche, el tío don José llegó a casa de su sobrino, donde ya le esperaban Esteban y Mauricio.

—¡Estoy contento, estoy contento! — decía el tío.

—No pensé nunca que con tu mala cabeza acabaras por casarte...

—No podía hacer otra cosa... No hay existencia más grata que la del hombre casado — dijo Esteban —. Mi mujer es encantadora.

—Lo supongo...

Y él la alabó con fácil entusiasmo, enaltecido sus dotes desde la cocina al piano. De todo sabía ella. Una verdadera mujer de casa.

Iba transcurriendo el tiempo y todos esperaban impacientes la aparición de la "novia ruborosa".

Sara, en su tocador, dejaba que Rosalía, una especie de ama de llaves puesta a su servicio, la visitase.

—¡Cómo quiere que la vista, señorita, si no se está usted un momento quieta! — le decía Rosalía, furiosa.

Jarvis llamó a la puerta de la habitación y advirtió:

—Apresúrese, que el tío comienza ya a impacientarse...

Esteban se impacientaba y también el tío daba señales de fatiga.

—¿Cómo no ha bajado todavía Sarita? — preguntó.

—No puede tardar. Ya sabe usted cómo son las mujeres para esas cosas de la "toilette" — dijo Esteban.

Sara temblaba ante aquel paso trascendental. Iba a fingir una verdadera comedia, poniendo a prueba todas sus dotes de gran actriz... No olvidaba que Mauricio, el empresario, la observaría y que tal vez de su aceptable fingimiento dependiese el porvenir de su vida teatral...

Movíase nerviosa, agitada, tanto que Rosalía, que en vano probaba de sujetarle la falda con un alfiler, se dió por vencida, y le dijo:

—Señorita, tendrá usted que prenderse el alfiler usted misma... Yo me siento desfallecer de cansancio...

—¡Ya lo haré yo! — dijo la muchacha.

Rosalía salió del cuarto, bajando por la escalinata hacia las habitaciones interiores.

Don José la vió pasar y creyendo que era su sobrina se dirigió a ella con los brazos abiertos.

—¡Sarita, Sarita!

La criada, mujer de gesto áspero, respondió rechazándole violentamente:

—¿Está usted loco?

Esteban explicó. ¡Oh, tío! ¡Sara era encantadora y jovencita! ¡No podía tardar!

Sara prendióse de cualquier manera el alfiler y nerviosa ya por el retraso bajó al salón.

Había recobrado su tranquilidad y descendió por la escalinata con una serenidad que a los dos amigos les pareció adorable.

Don José se dirigió a ella alegremente:

—Vaya, vaya! ¿Conque esta es Sarita?

Y le besó gentilmente la mano mientras Sara, con una perfecta caracterización de su papel de esposa, le decía:

—Mucho gusto en conocerle. Y ¿cómo está del corazón?

Don José la miró extrañado. ¿Por qué aquella pregunta?

Esteban se apresuró a explicar:

—Le dije a Sara que tiene usted un corazón muy grande...

El joven abrazó dulcemente a su "esposa" y ella, animada por una mirada de Mauricio, para que representara con toda viveza y realidad su papel de mujer casada, le acarició también.

El tío aparecía radiante.

—¡Cuánto me alegro de veros tan felices y tan enamorados! — dijo.

Se sentaron. El "matrimonio" en un sofá. Y en sillones, don José y Mauricio.

Sarita había pasado su brazo alrededor del cuello de Esteban que sentía una cierta desazón al verse acariciado tan dulcemente por la hermosa mujer.

¡Diablo, aquello ya no parecía comedia, sino intensa realidad!

—No hay como contemplar la felicidad de un par de tórtolos recién casados, para alegrar el corazón de un anciano — dijo don José, con ternura.



1039.44

—Mucho gusto en conocerlo... ¿Y cómo está del corazón?

—¡Oh, naturalmente! — añadió Mauricio—. ¡Y con lo que se quieren Esteban y Sara! ¡No puede usted figurárselo!

—¡Soy tan feliz, tío! — dijo Esteban.

—¡A nadie envidiamos en el mundo! — dijo ella,

que se daba cuenta de que realizaba el papel más difícil que se haya encomendado a ninguna actriz.

Y, maestra en el arte de la comedia, lo que merecía benévolas miradas del empresario, la falsa esposa acurrucaba ahora su cabeza junto al pecho de Esteban.

—No sabes cuánto me alegro de verte al fin casado — dijo el tío—. ¡Ya era hora!

—Sí — dijo Sara—, ha sido muy picaruelo. ¡Siempre retrasaba el momento de casarse!

Y aun se estrechó más contra él y le acarició suavemente el rostro.

Esteban temió que aquellos gentiles transportes fueran demasiado lejos y se apartó suavemente. Pero Sara fingió reír:

—No importa que el tío nos vea — dijo—. El sabe lo que es una luna de miel...

Don José vió un piano que aparecía en el fondo del salón, y preguntó:

—Sara — dijo—, quisiera que tocases al piano “Crepúsculo de amor”. Evocaría en mi memoria recuerdos de una mujer a quien amé...

—Yo bien desearía complacerle, pero no sé tocar — dijo, palideciendo por primera vez la muchacha.

—¡Sí, sabe; sí, sabe! — añadió Mauricio.

Esteban contempló entristecido a Sara que parecía buscar auxilio a su difícil e inesperada situación.

—No sé, tío, se lo aseguro — continuó ella con tristeza.

Don José pareció contrariado.

—Pero, ¿cómo es posible? Si hace poco me dijo Esteban que tocabas maravillosamente.

La situación comenzaba a embrollarse y la mu-

chacha miraba con ojos implorantes a "su marido" como pidiendo protección.

—Verá usted — dijo Esteban —. Sara quiere decir que no sabe tocar canciones crepusculares después que se ha puesto el sol...

—Pues yo quiero que toques — añadió don José, tercamente.

Sara se dirigió al piano junto con Esteban. ¿Qué iba a pasar allí?

El alfiler que se había prendido Sara vino al suelo y Esteban vió, con horror, que caía la falda dejando al descubierto sus enaguas. Tuvo que coger la falda de su esposa, motivando que Sara le mirase con cierta violencia por aquellos atrevimientos.

Por fortuna, don José esperaba que tocasen alguna canción. Esteban recordó que aquello era un piano-pianola y que bien podía engañar a su tío.

—Sí — dijo, sonriente —. Sara tocará, mas para apreciar su música es preciso oirla a cierta distancia, sentado cómodamente en un sofá...

Mauricio y el tío se retiraron hacia un lejano sofá, y entonces Sara se sentó ante el piano, mientras Esteban preparaba el rollo de la música. Poco después la pianola dejaba oír por sí sola su estriidente música, mientras Sara hacía un inútil ejercicio sobre las teclas.

El tío se tragó el anzuelo, creyendo que era Sara la que tocaba el piano.

La futura actriz tocaba rabiosamente y, junto a ella, Esteban la miraba con ternura.

¡Ah, diablo! ¡Y qué guapa era la chiquilla! Por un momento pasó por él la idea de que Sara podría ser realmente su mujer, pero luego, la rechazó con energía. ¿Estaba loco? ¿En qué pensaba? ¿No era todo aquello una comedia para heredar?

"Crepúsculo de amor" llevó tanta melancolía al

alma de don José que se fué durmiendo lentamente.

Cuando el sueño le invadió por completo, Esteban paró la pianola, y Sara se levantó.

—Es necesario que se marche ya ese hombre — dijo Mauricio.

Y quitándole el reloj de su bolsillo, lo adelantó desde las diez horas que marcaba a las tres.

Luego despertó bruscamente al tío:

—¿Cómo va, don José? — le dijo Mauricio —. Yo me marché y supongo que me acompañará usted. Es ya muy tarde.

Don José consultó su reloj:

—¡Caramba! — dijo, sorprendido, al ver que eran las tres de la madrugada —. ¡La noche ha pasado volando!

—Ha estado usted roncando como un fuelle, querido tío — dijo Sara —, pero le perdonó.

Y el tío don José, encantado de la exquisita amabilidad del matrimonio, se despidió de él. ¡Su sobrino era ya otro hombre! Había tardado en casarse pero lo había hecho con una mujer realmente encantadora...

Mauricio se marchó poco después, pero antes dijo a Sara:

—Por lo que he observado, me parece que puede usted ser una gran actriz. Cuando tenga un momento pase por mi oficina para alguna contrata importante.

—Muchas gracias, señor...

Y los "esposos" quedaron ahora a solas. Sara estaba satisfecha. Seguramente que el tío no había sospechado nada. ¿Tenía o no cualidades de actriz?

—¿Me he portado como usted deseaba? — preguntó.

—Se ha portado usted perfectamente — dijo él —, si exceptuamos los abrazos, los cuales no eran indispensables...

Ella rió mostrando sus dientes menudos.

—Si le abracé con fuerza fué por su tío... Habría sido una lástima que el pobre se nos hubiese quedado muerto aquí de un ataque al corazón.

—Naturalmente, ha estado usted formidable. Parecía que fuera de veras mi esposa.

Ella le miró suavemente, como si no le desagrada-
ra esa idea. Esteban era un muchacho simpático y buen mozo, y ella era una chica joven y que no se había enamorado nunca. ¡Oh, quién sabe!

—Gracioso, jeh? Bueno, hasta mañana, Esteban...

La muchacha se encerró en su habitación, mientras Esteban iba hacia la suya. En ella encontró una gran bata de color.

—¿De dónde ha salido esta bata, Jarvis? — dijo al mayordomo.

—La señora la trajo, sin duda para que poniéndosela tuviese usted más aspecto de casado.

—Pues si alguna vez me ves con esto puesto, te autorizo para que me insultes — dijo, indiferente.

Y se acostó soñando en la herencia que iba a caer dentro de poco y también suavemente en una figura de mujer...

**

Pasaron los días. Poco a poco la influencia de Sara en aquel hogar fué apoderándose del alma, hasta entonces fría y adusta, de Esteban.

Mil pequeños detalles hablaban de feminidad. Suaves perfumes, flores, cortinillas y bordados... todo lo que constituye el espíritu de elegancia innato en la mujer.

Y Esteban, a pesar de su orgullo de hombre soltero, sentíase poco a poco rendido por aquella mujer que iba de un lado a otro de la casa como si

fuerza realmente su esposa, embelleciéndolo todo con su presencia...

Don José iba cada día a ver a sus sobrinos. Estaba encantado de la felicidad en que vivían. Y en



... sentíase poco a poco rendido por aquella mujer...

su presencia, Sara extremaba hacia Esteban sus cariños de "esposa".

También en el alma de Sara, la comedia amenazaba trocarse en realidad. El trato frecuente con aquel muchacho, había encendido en su corazón el ansia del amor primero. Y sus miradas y sus pa-

labras eran, para él, como un cariño ardiente que luchaba por ocultar.

En vano Esteban quería verse libre de la influencia de aquella criatura y frequentaba el club y los amigos, pero le era difícil quitarse a aquella mujer de su imaginación.

¡Ah, diablo! ¿es que lo que había comenzado por una broma iba a tener realidad? No, él no quería. Y pretendía acallar los sentimientos que gritaban el amor.

Con frecuencia, en el club, aparecía distraído...

—Pero, ¿qué le pasa a usted, Esteban? —dijo un día, un amigo—. De seguro que no estaba pensando ahora en el juego.

Esteban dejó las cartas con un ansia tenaz de volver al hogar donde Sara pondría su perfume de mujer.

—Con su permiso me retiro. Tengo dolor de cabeza —agregó.

Los amigos se echaron a reir.

—Suponemos que no estará usted enamorado, ¿eh, pillín?

Y abandonó el club con un deseo extraño de permanecer junto a su fingida esposa.

Mientras tanto, Mauricio, el empresario, se encontraba en casa de Esteban hablando con Sara.

La muchacha, que había adivinado en Esteban una turbación, que parecía hablar de trémulos amores hacia ella, preguntó, deseando averiguar lo que hubiera de cierto en sus sospechas:

—Usted que conoce bien al señor Porter, ¿quiere decirme si me quiere... un poquitín? Está siempre tan amable conmigo, me mira de un modo...

Mauricio frunció el ceño. El también se había enamorado ligeramente de Sara y comenzaba a sentir celos de su compañero.

Don José había llegado, entretanto, a la casa, y mientras Jarvis le despojaba de su abrigo en el contiguo recibidor, sorprendió la conversación que sostenían Sara y el empresario.

Mauricio decía, irónico:

—¿Por qué no ha de quererle a usted? El señor Porter es de los que aman a todas las mujeres a primera vista. Un verdadero tenorio.

Sara se mordió los labios.

—Me alegro mucho de saberlo —respondió ella, despechada—, pues no sólo se está burlando de mi tío, sino que también se burla de mí, y muchas veces me mira como si fuera a declararme su amor...

Don José escuchaba, paralizado por el asombro.

—Esteban es muy vivo —dijo Mauricio—. Engaña a su tío haciéndole ver que usted es su mujer, y la engaña a usted diciéndole que el tío padece del corazón... para que usted se deje abrazar y besar en su presencia. Es listo, indudablemente.

Don José quedó horrorizado. ¡Ah, los miserables! ¡Engañarle de aquella manera! ¿De modo que Esteban seguía siendo soltero y Sara no era su mujer? Al dolor del engaño, sucedió una profunda pena. ¡Sara parecía tan bondadosa! ¡Qué dolor que aquella muchacha se prestase a tales fingimientos y no fuera realmente su sobrina!

Volvió a ponerse el abrigo y dijo a Jarvis que le miraba con espanto, ante las consecuencias que podría tener aquel descubrimiento:

—Si le dice usted a Esteban que yo he estado aquí, lo va usted a pasar mal.

Y se marchó, exaltado, violento, dejando al mayordomo, estupefacto. Presentía una espantosa catástrofe para el señorito.

Ajenos a todo, Mauricio y Sara seguían conversando y criticando a Esteban.

Poco después éste llegaba procedente del club y Mauricio, un poco friamente, se despedía de ellos.

Esteban, que llevaba un ramo de flores en la mano, vió desaparecer a su amigo y al notar la intimidad con que parecía hablar poco antes con Sara, dijo:

—El individuo ese comienza a resultarme antipático.

—¿Por qué? — dijo Sara, tranquilamente.

—Está usted tan segura con él como un ratón en poder de un gato...

Y, turbado, le entregó el ramo que ella aspiró conmovida:

—Es curioso — dijo Sara —. Mauricio me advirtió que debía guardarme de usted...

Los celos, que en vano él quería ocultar se reflejaron en sus ojos... Se arrepintió de haberle dado aquel ramo a Sara...

—De mí? ¿Por qué? — dijo, despectivo —. A mí todas las mujeres me son indiferentes. Ni tan siquiera las miro...

Y volvió la espalda a Sara con cierto desdén.

—No le quedará a usted mucho tiempo de mirarme a mí — dijo ella ofendida por el desprecio —. Mañana vence mi contrato con usted...

La idea de perder a aquella mujer a la que amaba con todo su corazón, aunque su orgullo de hombre libre se esforzara en no querer decirlo a pesar la ofrenda de las flores le vendió, le horrorizó y dijo, pensando en la soledad que le rodearía si quedase solo:

—Usted no puede marcharse... ¿Quiere usted matar a mi tío de un ataque al corazón?

—No tiene usted necesidad de contarme más mentiras... El empresario me ha dicho que la enfermedad de su tío es pura farsa...

Esteban sintióse lleno de ira... ¿Por qué había hablado aquel mal amigo?

—Sara — le dijo —, yo quisiera a usted decirle: Cuando usted vino por primera vez, me fué indiferente... pero ahora... yo...

Ella, que le amaba, sintióse dominada por el orgullo, y pensó en las palabras de Mauricio de que Esteban era un tenorio, y respondió:

—Usted quiere tenerme aquí no porque le sea simpática... sino para seguir engañando a su pobre tío...

Jarvis había aparecido en el salón y miraba asustado a su señorito. ¡Si éste supiera lo ocurrido!

—Quiero tenerla a usted en mi casa — respondió Esteban, turbadísimo —, porque me gusta... tenerla en mi casa... y porque... quiero engañar a mi tío. ¡Verdad que sí... que no..., Jarvis?

El mayordomo respondió, asustado:

—Sí, señorita... el señor no miente nunca...

—¿También usted quiere engañarme? — dijo ella —. Usted debe saber perfectamente que no hay tal tío, digo, tal corazón enfermo...

Despechado, dijo entonces Esteban:

—Bueno, si quiere usted marcharse, hágalo... A mí no me importa, ¿verdad, Jarvis?

La muchacha, al verse tratada tan duramente, respondió, agitando el ramo de flores que poco antes él le regalara:

—Señor mío, lo que usted quiere es echarme de su casa... ¡Mañana mismo me iré!

Y furiosa volvió a su habitación, tirando indignada el ramo de flores al suelo.

¡Y ella que creyó por un momento... que Esteban la amaba! No, no, la farsa debía ser hasta el fin...

Pero al ver el ramo se enterneció y, recogiéndolo, lo guardó en la cama.

También Esteban, mortificado por las palabras de Sara, se encerró en su cuarto. Fumó su pipa, y para estar más cómodo, quitóse la americana, se vistió la célebre bata que ella había traído, sin reparar que era de ella y pensando que era la suya. Luego apartó violentamente de un tirón varios bordados y centros de mesa que las manos delicadas de Sara habían colocado en su estancia... Mas, arrepentido de su primer impulso, volvió a recogerlos, poniéndolos en el mismo sitio...

Esteban no quiso permanecer más en su casa. Pero al salir, se encontró, sorprendido, a su tío José que llegaba con unas maletas.

—Pero, tío — dijo asombrado—. ¿Adónde va usted con las maletas a esta hora de la noche?

El tío, que había concebido un plan, dijo sonriente:

—Acabo de saber que tengo el corazón débil y como estoy expuesto a irme al otro mundo en cualquier momento, he decidido venir aquí a morir en paz...

Esteban le miró horrorizado... ¡Terrible compromiso!

—Tío — dijo rápidamente—, aquí no hallará usted la paz que busca para morir... Mi mujer y yo necesitamos todas las habitaciones de la casa para pelearnos...

Una sonrisa fina se dibujó en los labios de don José... A pesar de que conocía el engaño de que le habían hecho víctima, apreciaba tanto a Sara, era tan hermosa y pura la mirada de la joven, que estaba seguro de que aquella chica podría ser la verdadera esposa de Esteban, la que de nuevo le apartase para siempre de su vida de soltero... Y él venía dispuesto a aquella unión, a casar por la fuerza a Esteban con la muchacha compañera de farsa...

—Esto no es nada — dijo riendo—. ¡Donde hay amor, hay penas!... Vete a pedirle perdón en seguida...

Y le señaló la habitación de ella.

Esteban tembló... Sólo faltaba el tío para acabar de amargarle la cosa...

Llegaron hasta la puerta de ella, y Esteban se negó a entrar.

—¡La puerta está cerrada! — dijo en voz baja.

Sonriente, el tío la empujó ligeramente y dijo:

—No, la puerta está abierta, querido... y Sara te espera...

Viendo que era imposible librarse de la orden severa de su tío, revistiéndose de valor, Esteban penetró en la habitación de Sara.

Al verle entrar, ella, que aun no se había metido en cama, le dijo duramente:

—¿Cómo se atreve usted a venir aquí?

—¡Señorita — balbució él—, he entrado en la habitación porque me han empujado! ...

—Salga en el acto... ¡insolente!

Esteban marchó de nuevo, pensando en lo que iba a ser de él si su tío descubría toda la farsa...

Por suerte, en el corredor, no había nadie y fué andando a gatas por él para dirigirse a su cuarto, cuando vió que de éste salía don José.

—Pero... ¿te has vuelto loco? ¿Qué haces por los suelos?

—Verá usted — dijo el joven—. He perdido el gemelo que usted me regaló cuando me gradué en la Universidad...

Don José, empeñado en que se unieran aquellos dos seres, pues adivinaba en Sara maravillosas ternuras de mujer para hacer feliz a un hombre, le dijo, dándole un gemelo:

—Quédate con el mío... Al fin y al cabo no lo necesitaré mucho tiempo...

Esteban, horrorizado, tuvo que volver a la habitación de Sara. Esta le miraba, furiosa. Pero, ¿qué se había propuesto aquel hombre? ¿Amargar su última noche?

—¿Ahora también le han empujado? — dijo.

—¡Ay, Sara! El día que tenga usted un tío se arrepentirá...

—¡No quiero tíos... no quiero saber nada de los hombres!

—Eso digo yo — gritó él, perdiendo la paciencia—. ¡No quiero saber nada de las mujeres! ¡Sí, márchese usted mañana mismo de esta casa y no vuelva!... ¡Ya no la necesito para nada! ¡Al fin y al cabo, todo va a descubrirse!

Volvió a salir, enfurecido. Por fortuna, el tío estaría ya durmiendo. Cogió el abrigo y se dispuso a marchar de la casa.

Con profundo dolor, con la rabia de ver que es imposible luchar contra nuestros sentimientos, adivinaba que se había enamorado como un estúpido de Sara, y ella le rechazaba furiosamente, sin comprenderle. Sí, marcharía para vivir de nuevo su existencia solteril...

Pero al ir a abrir la puerta, su tío, que vigilaba, le llamó:

—¿Dónde vas? — le dijo, furioso. — ¿Esta es la manera de atender un marido a su mujer?

El intentó disimular.

—Es gracioso — dijo. — Yo creí que esta era la puerta del **guardarropa**.

—¡No mientas más! — le dijo don José, con terrible sonrisa. — Hijito, si tú te figuras que tú y tu esposa falsificada os habéis burlado de mí, estáis muy equivocados... Y ahora no sólo no te daré el

dinero de la herencia, sino que voy a mandar a esa individua a dónde le corresponde estar.

Al ver tratada de aquella manera a Sara, la mujer que él quería, a pesar de todo, contestó él, indignado, no importándole ya que todo se hubiese descubierto:

—Con el dinero es usted muy dueño de hacer lo que más le acomode, pero no le consiento que insulte a Sara...

Y volvió precipitadamente hacia arriba con un deseo extraño de proteger a Sara del hombre que la injuriaba.

Llamó a su puerta, pero ella había cerrado con llave y no contestó. Entristecido, con el corazón amargado al ver el fracaso de todo su plan, se metió en su habitación...

Abajo, el tío, sonreía... ¡Ah, demonio! El se había propuesto reconciliar a los dos muchachos; casarles, y lo que había comenzado como una broma, terminase ante el altar... Estaba convencido de que Sara era una mujercita buena y honorable y que a su lado Esteban recobraría el equilibrio espiritual y sería un hombre digno y noble.

De pronto vió que invadía el recibimiento un numeroso grupo de hombres y mujeres, y corrió a encerrarse en el guardarropa.

Eran los eternos amigos de Esteban que después de varios días de descanso volvían a convertir aquella casa en una especie de "cabaret"... Tocaron el gramófono y comenzaron a bailar desenfrenadamente...

Esteban, atraído por los gritos, salió al encuentro de sus amigos. Iba malhumorado con ansias de expulsar a toda aquella gentuza. Y entretanto, el tío José, metido en su encierro, se decía que era preci-

so que para siempre cesase en la vida de su sobrino el escandaloso proceder de aquellas amistades...

Esteban dijo a sus amigos:

—Os ruego que os marchéis... ¡os lo suplico!...

—¡Abajo la tristeza! —dijeron aquellas gentes—.

¡Mueran la paz del hogar! ¡Viva la alegría!

Sus palabras y gritos impidieron que Esteban pudiera seguir protestando.

Entonces en la galería superior apareció Sara. Se iba de aquella casa donde nadie la quería, donde se la engañaba mintiéndole amores... Y al día siguiente iría a ver a Mauricio para decirle que no quería proseguir el experimento. ¡No servía para mentir!

La muchacha miró horrorizada el espectáculo de abajo, la juerguecita en el salón.

Uno de los amigos descubrió a Sara y gritó:

—¡Mirad, mirad quien está aquí! ¡La "amiguita" de Esteban!...

Todos se echaron a reír saludando con chirigotas a la mujer que aparecía en lo alto.

Ella comenzó a llorar.

Esteban, furioso por la actitud de sus amigos, gritó indignado:

—¡Os prohíbo que habléis así!...

—Vamos, hombre, no te hagas el desentendido — contestó uno de ellos—. Lo sabemos todos. Ya aprecio la causa de tus distracciones. Esa mujer es...

Pero no pudo acabar. El puño certero de Esteban le derribó en tierra cuan largo era.

—¡El canalla que se atreva a insultar a la mujer que amo —gritó— tendrá que habérselas conmigo!

El tío, desde su escondite, escuchaba, admirado, aquellas palabras. ¡Magnífico, su sobrino estaba enamorado de veras!

Sara, furiosa, bajó, pasando digna y serena entre aquella gentuza.

—Sara, Sarita —murmuró él—. Déjame que te lo explique todo.

—¡No me diga nada! ¡Por favor!

Y salió nerviosa, desesperada, dejando a Esteban sumido en el mayor desconsuelo.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! —rugió entonces él.

Los amigos salieron dispuestos a no volver. ¡Qué geniecillo se le ponía a Esteban!

Desesperado, él corrió al cuarto que había ocupado la señora, dispuesto a llorar allí el amor que acababa de perder.

Sobre una mesa leyó en un papel estas palabras que habían trazado las manos de ella:

Le aborrezco y no quiero volverle a ver en mi vida. Me he marchado a mi casa, Avenida Lexington, 319.

Sara

¡Se metió enfurecido en su cuarto. ¡Oh, no iría a buscarla, no, no quería saber nada de ella!

Pero de pronto, mientras distraído contemplaba el exterior, vió aparecer en la ventana de la casa de enfrente, a Sara, que lloraba en brazos de la dueña de la pensión.

—¡Ella, ella! —se dijo.

Y atormentado por el amor, comprendiendo que ya no olvidaría nunca a aquella mujer, no vaciló más y olvidándolo todo corrió en dirección a la casa de ella.

En el recibimiento encontró a su tío que le dijo:

—¿Dónde vas?

—Voy a buscarla, tío. Comprendo que la amo. Lo

que comenzó por una farsa ha de acabar seriamente.
¡Yo me quiero regenerar!

—¡Sí, ve a buscarla! — le respondió don José—. Sara merece ser tu esposa. Y si consigues que ella te ame yo te perdonaré de buen grado. Cuando supe la mentira que había preparado, comprendí que Sara era superior a lo que tú habías creído. Ella te quería de veras y yo lo adivinaba. No mienten los ojos puros de una mujer como Sara. ¡Y tú la amabas también!

Esteban entró precipitadamente en el piso donde vivía ella y la habló, emocionado:

—¡Sara, Sarita — le dijo—, perdóname! Tú no sirves para actriz, no sabes mentir, llevaste a mi casa tu corazón y tu vida. La farsa ha de acabar en amor. Yo quise mantenerme soltero mientras no supe lo que valía tener una mujer en el hogar. Hoy ya lo sé. ¡No me prives de tu cariño! ¡Te quiero a ti, únicamente a ti!

Y como también ella le quería desde el primer momento, sonrió y se acurrucó en sus brazos como la primera vez.

Ya no pensaba en ir al teatro; quería ser reina de la casa en la que Esteban fuera el dueño, señora de su hogar que sería un paraíso para ellos dos.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante comedia

:VENGA AGUA!

por Douglas Mac Lean y Shirley Mason

Ediciones
BISTAGNE